

Por [Reynaldo de la C. Fernández](#)

Las artes plásticas no han quedado excluidas de expresar la magnificencia del Salto del Hanabanilla. En 1972, Jorge Luis Valladares haría el primer óleo del afamado saltadero. Es el inicio de una carrera pictórica en la que reproduce por tres décadas, los despeñaderos del Hanabanilla en diversos formatos. En más de una docena de ocasiones, llevaría al lienzo la cascada a solicitud de interesados de diferentes países. Con elementos distintivos yuxtapuestos, la conocida imagen sería recreada casi fotográficamente en sus más ínfimos detalles. Una mujer extasiada frente a la turbulencia del agua, una yunta de bueyes que pasan, un caballo saciando la sed, o un campesino en lontananza, parecen formar parte de una misma historia contada desde la percepción íntima del autor. Un juego con el tiempo, donde el realismo mágico y la seducción del pintor, se funden en trazos de un amanecer nostálgico, o en el sol refulgente que se cobija entre las palmas en medio del cenit, o en el crepúsculo teñido de amarillo rojizo más allá de la tarde. Valladares se ha impregnado del Salto del Hanabanilla con amor paterno y aun cuando el agotamiento parece desgastarle la imaginación no renuncia a un nuevo intento.

En 1979, otro pintor dejaría plasmado su versión del Salto en una obra con tendencia expresionista. Identificado como P. Hueta por la rúbrica registrada en el borde inferior del cuadro, nos presenta el paisaje con líneas deformadas y colores intensos. Un empaste de pinceladas extremas, donde se evidencia el estado emocional del autor frente a una realidad inevitablemente pérdida. Los tonos y la configuración poco formal del paisaje consiguen un efecto dramático de gran pasión, como signo expresivo de los sentimientos del artista. Preciso es continuar indagando en tan interesante aspecto de la cultura cubana, como modo de continuar alimentando la memoria afectiva del cumanayagüense e ir incrementando las muestras del paisajismo de las artes plásticas cubanas.